

## ## 📖 CAPÍTULO II: \*El Estado del Principado... y la Llegada de los Genoveses a Pedir Tributos Rutinarios\*

El viento del Mar Negro, ahora cargado con el alma helada de los caídos en Varna, golpeaba las estrechas ventanas de alabastro del salón del trono con dedos invisibles de escarcha. Cada ráfaga gemía como un espectro entre las juntas de piedra, arrastrando consigo el olor acre del incienso quemado en los altares matutinos, el rancio aceite de oliva de las lámparas votivas, y ese tenue aroma metálico que solo los veteranos de mil batallas reconocen instintivamente: el olor del acero afilado que lleva demasiado tiempo en la vaina, ansioso por sangrar o oxidarse. Las palabras de los jinetes genoveses, pronunciadas horas antes con voces quebradas por el polvo del camino y el horror, aún resonaban en los corredores de Mangup como campanas fúnebres. El mundo, ese vasto tapiz de reinos y alianzas que Alexis había conocido desde niño, se había encogido de repente hasta los confines de estas montañas sagradas. Theodoro, ese viejo bastión de la fe ortodoxa y la sangre griega que fluía por las venas de sus príncipes desde tiempos del Emperador Basilio, estaba de nuevo a solas ante la tormenta que rugía en el horizonte. El eco de la derrota cristiana era un manto pesado sobre los hombros de todos los presentes.

Pero aún no era hora de caer. No mientras respirara, no mientras el águila bicéfala, desgastada pero desafiante, mirara desde el respaldo del trono de piedra.

Tú, \*\*Alexis de Gothia I\*\*, Señor de Mangup, Protector de las Montañas Sagradas, sentías el peso del mármol frío bajo tus palmas. La mirada de Eustratios, el Archimandrita, quemaba desde las sombras, un recordatorio silencioso del juicio divino. Los ojos de tus consejeros, fijos en ti, reflejaban el miedo, la incertidumbre, pero también una chispa obstinada de esperanza. Con una lentitud calculada, como quien levanta un estandarte en un campo desolado, alzaste la mano derecha. Un gesto seco, cortante. El susurro de las túnicas, el crujido de las botas sobre la piedra, el leve tintineo de una cadena de mando, todo cesó. Un silencio absoluto, solo roto por el ulular del viento y el crepitar nervioso de las antorchas, descendió sobre la sala.

—\*Comencemos\* —dijiste, tu voz, grave y rasgada por la tensión, cortando el aire gélido como una espada desenvainada—. \*Por el bien del Reino. Por el bien de todo lo que queda.\*

---

## ### 🛡️ INFORME MILITAR – Mihailos Katakalon: La Espina Dorsal de Hierro

Fue Mihailos Katakalon quien rompió la formación del silencio. El \*Strategos Autokrator\* avanzó con la precisión de una máquina de guerra, sus botas resonando sobre las losas como tambores de marcha fúnebre. Su armadura de escamas, bruñida hasta brillar con un fulgor mortecino bajo la luz de las velas, crujió levemente. Su rostro, tallado en granito por el viento y la guerra, era impassible, pero sus ojos, grises como la niebla que envolvía las montañas, ardían con una luz feroz. Su voz, cuando habló, era ronca, grave, como el retumbar lejano de un cañón que anuncia el asedio.

—\*Señor...\* —comenzó, haciendo una pausa que cargó el aire con el peso de lo que vendría—. \*El Principado cuenta con, al día de hoy, ochocientos soldados de línea permanente. Ochocientos hombres para sostener el último fragmento de púrpura contra la noche que avanza.\*

Desplegó un pergamino mental ante la corte, sus palabras trazando líneas de batalla imaginarias en el aire frío:

\* \*\*Trescientos infantes pesados:\*\* La columna vertebral. Hombres envueltos en cotas de malla que tintineaban como campanillas de la muerte, sus torsos protegidos por petos de acero importado a un precio de sangre a través de mares traicioneros. Empuñaban espadas bastas, pesadas, de diseño occidental traído en las bodegas de naves que ya no volverían, y escudaban sus flancos con grandes pavés genoveses, irónicos blasones de quienes ahora los asfixiaban. Su entrenamiento era bizantino, heredado de manuales polvorientos y viejos sargentos que soñaban con las murallas de Constantinopla. Eran un muro de carne y hierro, pero un muro viejo, desgastado por años de patrullas y escaramuzas sin gloria.

\* \*\*Doscientos arqueros a caballo:\*\* Los ojos y el látigo veloz de Theodoro. Reclutados entre los montañeses alanos, descendientes de jinetes nómadas con la estepa aún bailando en sus pupilas oscuras, y unos pocos tártaros leales cuya lealtad era tan frágil como el hielo primaveral. Montaban pequeños caballos de montaña, ágiles como gamos, y disparaban sus arcos compuestos con una precisión mortal desde la silla. Eran la sombra que acechaba, la flecha que silbaba en la oscuridad. Pero eran pocos. Demasiado pocos.

\* \*\*Trescientos lanceros campesinos:\*\* La carne de cañón, la chispa desesperada. Hombres del campo, curtidos por el sol y la labranza, ahora empuñando hoces convertidas en lanzas, horcas afiladas y viejas alabardas oxidadas. Su fervor religioso era palpable, crucifijos de madera colgando de sus cuellos sobre túnicas remendadas. Marcharían al infierno por su Príncipe y su fe, pero su disciplina era endeble, su formación, un sueño lejano. Eran el último aliento, no el primer golpe.

Katakalon hizo otra pausa, más larga esta vez, su mirada escudriñando las caras pálidas de la corte como si buscara refuerzos invisibles. Cuando continuó, su tono era aún más sombrío.

—\*Los castillos, Señor. Mangup, Aluston, Kalamita.\* Sus murallas se alzan, activas sobre los acantilados, abastecidas de agua y piedras para lanzar. Pero la pólvora... —su puño enguantado se cerró— \*la pólvora escasea como el oro. Los talleres trabajan día y noche, pero los fuelles jadean y los martillos se embotan. No producen suficientes viroles para las ballestas, ni flechas para los arcos. Cada disparo será una oración.\* —Su dedo índice, duro como el hierro, apuntó hacia el oeste en un mapa invisible—. \*Y Tauric Chersonesos... el último suspiro de Theodoro hacia el mar. Treinta y cinco hombres, Señor. Treinta y cinco almas exhaustas custodian la puerta hacia el Euxino. Un desliz, un soplo de viento en falso, y será un regalo envuelto para el primer pirata turco o capitán genovés ambicioso que se atreva a reclamarlo.\*

El silencio que siguió fue tan espeso que se podía cortar con una daga. Katakalon lo rompió con una última advertencia, cada palabra una losa sobre el ánimo de los presentes:

—\*Nuestros enemigos... no duermen, Señor. Duermen menos que nosotros.\*

\* \*El \*\*Kanato de Crimea\*\*\*: \*Los jinetes del Khan no pacen ociosos. Reciben armas, consejos, y la sombra de la protección desde la lejana Sarai. Han jurado vasallaje a los otomanos, Señor. Nuestra sangre es el precio de su lealtad.\*

\* \*\*\*Génova\*\*\*: \*La Serenísima... —escupió el título con desprecio— \*aunque supuestamente aliada, no ha enviado ni un clavo, ni un saco de trigo, ni un mercenario en años. Controlan Feodosia, Cembalo, Balaklava... y tu costa, mi señor. Tu costa. Sus galeras son murallas flotantes que nos estrangulan.\*

\* \*\*\*Los otomanos\*\*\*: \*Ahora, con el frente occidental reducido a cenizas y lágrimas, libres como halcones recién alimentados... pueden volver sus ojos dorados y hambrientos hacia el Mar Negro. Hacia nosotros.\*

Se enderezó, clavando su mirada de acero en los tuyos.

—\*\*\*Conclusión, Príncipe\*\*\*: \*Si las hordas tártaras descienden del norte al mismo tiempo que una flota enemiga, turca o genovesa, golpea nuestras costas...\* —Una sacudida casi imperceptible recorrió su rígida espalda—. \*\*\*Caeremos en menos de dos meses.\*\*\* \*Salvo que...\* —dejó la frase en el aire, como un desafío— \*...salvo que se convoque a la leva general de todo hombre capaz de empuñar un palo... o llegue ayuda divina antes del próximo amanecer.\*

---

### ### INFORME POLÍTICO – Leontios Haralambos: El Tablero de Navajas

El silencio dejado por la crudeza militar fue ocupado por la gracia venenosa de Leontios Haralambos. El Protonotarios se adelantó con la fluidez de una serpiente sobre rocas calientes. Un suspiro elegante, casi teatral, escapó de sus labios finos, seguido de una sonrisa de cortesía que no llegaba a sus ojos, fríos y calculadores como ábacos. Jugueteaba con una pluma de halcón, su instrumento favorito para firmar tratados o sentencias de muerte económica. Su ropa oscura, de corte italianizante aunque algo pasada de moda, contrastaba agudamente con las armaduras y los hábitos, un recordatorio de que su campo de batalla eran los despachos y las mentes, no las murallas.

—\*Majestad\* —comenzó, su voz un melifluido contrapunto a la ronquera de Katakalon—, \*mientras el brazo del Strategos mide la fuerza de las espadas, permítame que yo le desentrañe el alma... o la falta de ella... de quienes nos rodean. El tablero, como siempre, es más traicionero que sangriento. Una madeja de promesas rotas e intereses que apestan a podrido.\*

Con la pluma, trazó círculos invisibles en el aire, delineando naciones como si fueran piezas de un juego macabro:

#### #### ■ \*\*Aliados y neutrales: Sombras y Espejismos\*\*

\* \*\*\*Moscovia\*\*\*: \*El Gran Príncipe Iván... favorable en teoría, sí. Un hermano ortodoxo. Pero sus ojos, Señor, miran hacia Novgorod, hacia Lituania, hacia la consolidación de su propio poder en los bosques del norte. Crimea... Crimea es una mancha distante en su mapa, un problema para otro día. Su ayuda, si llega, será tarde, y probablemente insuficiente.\*

\* \*\*\*Trapezunt\*\*\*: \*La corona hermana del Ponto...\* —un dejo de auténtica nostalgia, quizás, en su voz— \*nos mira con afecto fraternal, con la melancolía de quienes comparten un destino similar. Pero el Imperio de Trebisonda es un espejismo, Majestad. Un hermoso fantasma. Sus arcas están vacías, sus puertos vigilados por el lobo otomano. No pueden auxiliarnos ni con un barco de grano, y lo saben. Su afecto es un consuelo inútil.\*

\* \*\*\*Moldavia y Valaquia\*\*\*: \*Los voivodas Esteban y Vlad... enemistados con los turcos hasta la médula, sí. Luchan con la ferocidad de los condenados. Pero están divididos, Señor. Divididos entre la ambición polaca, las promesas húngaras, y sus propias rencillas. Cruzar el Danubio para tender una mano a Theodoro... es un sueño que ni ellos mismos se atreven a soñar. Su lucha es la nuestra, pero su campo de batalla está demasiado lejos.\*

#### #### ■ \*\*Enemigos o Amenazantes: Las Fauces Abiertas\*\*

\* \*\*\*El Kanato de Crimea\*\*\*: \*El Khan Hacı Giray...\* —Haralambos hizo una mueca de desagrado— \*considera estas montañas, estos valles, parte natural de su dominio pastoral. Ve tu trono, Majestad, no como un bastión de fe, sino como un insulto a su autoridad, una espina en el costado de su kanato naciente. Para él, somos un rebaño descarriado que debe ser devuelto al redil... o sacrificado.\*

\* \*\*\*Los genoveses\*\*\*: \*Ah, la Serenísimas República...\* —Su sonrisa se volvió una mueca fría—  
\*No son enemigos declarados, no aún. Su arma es el contrato, no la espada. Pero su codicia no tiene fondo, Señor. Nos ven como un satélite débil, molesto pero útil. Su interés supremo es mantenernos \*\*dependientes, sin puerto propio, atados a sus muelles en Feodosia y Cembalo para cada grano de trigo, cada barrica de vino, cada clavo para nuestras murallas.\*\* Nuestra debilidad es su fortaleza. Y pagamos por ese privilegio... con sangre de nuestra tierra.\*

Fue justo en ese momento, cuando el cinismo de Haralambos pintaba el panorama más desolador, que \*\*una vibración diferente sacudió el aire\*\*. No fue el viento. Fue el golpe seco de una lanza contra el suelo de piedra, fuera de las grandes puertas de roble. Luego, el crujido de los goznes. Las puertas se abrieron.

---

### ### ENTRAN LOS GENOVESES: Los Amos del Comercio y la Humillación

Un soplo de aire aún más frío, cargado con el olor salobre del mar y un perfume denso, amaderado y extranjero, invadió la sala. La luz mortecina de las antorchas se reflejó en terciopelos profundos, brocados caros y las hebillas relucientes de botas de cuero fino. Tres figuras entraron, envueltas no solo en capas costosas, sino en una aura palpable de cinismo y superioridad. Eran los \*\*delegati mercantili\*\* de la \*\*Maona di Feodosia\*\*, brazo ejecutor del todopoderoso Banco di San Giorgio de Génova. Avanzaron sin prisa, sus pasos resonando con una confianza que rozaba el insulto.

El principal, \*\*Vittore della Scala\*\*, era un hombre de mediana edad, rostro afilado como un cuchillo, ojos oscuros y penetrantes que no parpadeaban. Su barba, recortada con precisión milanesa, enmarcaba una buela delgada que esbozó una sonrisa al aproximarse. Se detuvo a una distancia calculada para ser respetuosa sin someterse, e hizo una reverencia exagerada, casi burlona, que hizo fruncir el ceño a Katakalon y enarcar una ceja a Haralambos.

—\*Serenissimo Principe Alexis de Gothia...\* —su voz era suave, educada, pero con un dejo de condescendencia que helaba más que el viento— \*...es para nosotros, humildes servidores de la Serenísimas República, un honor... renovar los compromisos de mutuo beneficio firmados con vuestro ilustre y siempre recordado padre, el Príncipe Aleixo. Venimos, como es costumbre en este tiempo del año bendecido por San Giorgio, a recoger la tributación ordinaria pactada para el mantenimiento de la paz y la prosperidad en estas costas.\*

Sin apartar sus ojos halcones de los tuyos, recitó la lista con la monotonía de un juez leyendo una sentencia:

- \* \*\*\*Trescientos solidi de plata pura\*\*\*, \*acuñados o en lingotes de peso verificado.\*
- \* \*\*\*Veinticinco barriles de grano de trigo\*\*\*, \*de la cosecha del norte, libres de gusano y humedad.\*
- \* \*\*\*Exención perpetua del diezmo real\*\*\* \*para todas las caravanas mercantiles genovesas que crucen el territorio de Tauric Chersonesos o se dirijan a los puertos de nuestra administración.\*

Detrás de él, sus acompañantes —\*Galeazzo\*, un tipo corpulento con manos de carnicero y ojos pequeños, y \*Bernardo\*, un joven de mirada ávida y sonrisa desagradable— te miraban sin disimulo. Galeazzo escudriñaba la sala como un tasador, calculando el valor de los tapices, las armaduras, incluso

las joyas de las damas. Bernardo clavaba sus ojos en ti, desafiante, como un halcón que evalúa a su presa.

**\*\*Era el tributo.\*\*** El mismo tributo impuesto por Génova hacía diez largos años, tras una hambruna que ellos mismos habían exacerbado con sus precios usureros y que luego "aliviaron" con préstamos que estrangulaban al principado. Desde entonces, cada año, como un reloj de la condena, llegaba este trío de terciopelo y desdén. Y cada año, tú, Príncipe de Theodoro por la gracia de Dios, debías pagar por el simple acto de respirar en tus propias tierras, por el derecho a existir bajo la sombra de sus galeras. El humo de las aldeas saqueadas por los tártaros aún flotaba en el valle, el eco de Varna resonaba en los muros, y ellos venían a reclamar su libra de carne. Ilarion Dragasès, el Epítropos, palideció visiblemente. El puño de Katakalon se cerró hasta que los nudillos brillaron blancos bajo la piel. Haralambos observaba, su pluma inmóvil, su sonrisa de cortesía congelada en una máscara.

---

### ### 🌾 INFORME AGRÍCOLA – Ilarion Dragasès: El Sabor Amargo de la Tierra

La entrada de los genoveses había cortado como un cuchillo el informe político. Ahora, con los delegados plantados como estatuas de la arrogancia en medio de la sala, fue Ilarion Dragasès quien tomó la palabra. El Epítropos de los Campos del Norte se adelantó con paso pesado, su figura robusta, acostumbrada a surcar la tierra, parecía doblegarse bajo un peso invisible. Su rostro, curtido por el sol y el viento como la corteza de un roble viejo, estaba surcado por una profunda preocupación. Asintió con gravedad hacia ti, evitando mirar directamente a los genoveses, como si su sola presencia contaminara el aire que respiraban los campos.

—\*Señor...\* —su voz, ronca y directa como el arado, contrastaba con los melifluos tonos anteriores—  
\*...las lluvias del Señor fueron avaras este año. Muy avaras. La región de Kalos Limen, la más fértil de la costa, apenas ha producido lo suficiente para mantener a su propio monasterio y a las almas que dependen de él. Las colinas del interior...\* —hizo un gesto vago hacia el norte— \*...han dado un poco más, gracias a los manantiales ocultos. Pero no alcanzará. No si la guerra llama a nuestras puertas y miles de bocas hambrientas acuden a refugiarse tras estos muros.\*

Sus manos, grandes, callosas, marcadas por la tierra y el trabajo, se extendieron como pesando grano invisible.

—\*\*\*El rendimiento, Majestad... ha sido del setenta por ciento del promedio histórico.\*\*\* \*Un año magro. Los \*\*almacenes reales aquí, en Mangup...\*\* \*—su mirada recorrió las paredes de piedra como si pudiera ver las reservas ocultas— \*...pueden alimentar a dos mil almas durante cuatro meses, con raciones ajustadas. Pero si esos dos mil son soldados moviéndose en campaña, consumiendo fuerza como bestias de carga... ese mismo grano apenas durará \*\*tres semanas.\*\* Tres semanas, Señor, antes de que la hambruna se sienta a esta misma mesa.\*

Enumeró los otros males con la precisión de un lamento:

\* \*La sal, esa sangre blanca de la vida, sigue escasa. Los pozos del oeste dan menos cada año.\*

\* \*Las aceitunas... las pocas que dieron los árboles viejos, se vendieron rápido. Demasiado rápido. A mercaderes genoveses, Majestad...\* —su voz cargada de amargura— \*...y a un precio tan bajo que apenas cubrió el trabajo de recolección.\*

\* \*El vino... el vino se ha salvado, gracias a las viñas viejas de las laderas soleadas. Pero...\* —bajó la cabeza, avergonzado— \*...pero se bebió demasiado, mucho más de lo presupuestado, en la fiesta de San Teodoro pasado. La alegría fue efímera, la resaca es larga.\*

Levantó la mirada finalmente, sus ojos honestos y fatigados encontrando los tuyos. Habló con una claridad que resonó como un aldabonazo en la tensa sala:

—\*Por todo esto, Príncipe... por el estado de la tierra, por el hambre que acecha a nuestras puertas más que cualquier enemigo... \*\*no recomiendo pagar el tributo. Al menos, no completo.\*\* Pagarlo es firmar la sentencia de muerte de nuestro pueblo antes de que la primera espada enemiga se levante.\*

---

### ### 🛖 LA DECISIÓN: El Peso de la Corona en la Hora del Crepúsculo

Las palabras de Ilarion, simples, terrenales, cargadas de la verdad ineludible del pan y la sal, cayeron como una última losa. Un escalofrío colectivo recorrió la sala. Los ojos de todos – los consejeros leales, los cortesanos temerosos, las damas pálidas, los clérigos que murmuraban plegarias silenciosas – giraron hacia ti, convergiendo en el trono como flechas buscando un blanco. La mirada de Eustratios, desde la penumbra, era un faro de fuego espiritual, recordándote el juicio de Dios sobre los soberbios y los opresores. La mirada de Katakalon era de acero frío, esperando una orden para la guerra o la resistencia. La de Haralambos, calculadora, evaluando cada posible consecuencia política de la palabra que pronunciaras. La de Ilarion, suplicante, por la tierra y su gente.

\*\*Los genoveses esperaban.\*\* Vittore della Scala mantenía su sonrisa cortés, pero la impaciencia comenzaba a asomar en el leve tamborileo de sus dedos enguantados sobre el pomo de su daga ceremonial. Galeazzo miraba a su alrededor con desprecio apenas disimulado. Bernardo seguía clavando sus ojos de halcón en ti, arrogante, desafiante, seguro de su poder. Esperaban su oro, su trigo, su humillación anual. Era una rutina. Su rutina.

\*\*Tu consejo estaba dividido.\*\* Katakalon ansiaría rechazarlos, desenvainar la espada allí mismo. Haralambos sopesaría el riesgo de la provocación, la posibilidad de negociar una reducción, el costo de la ira genovesa. Ilarion rogaba, por el pan de su pueblo, que no se pagara. Eustratios... Eustratios solo vería la prueba de fe, la elección entre someterse al mal o resistir en nombre de Dios.

\*\*La fe te observaba.\*\* La fe de tus ancestros tallada en el trono, la fe de tus súbditos que aguardaban tu palabra como maná en el desierto, la fe en ti mismo como último bastión.

\*\*Y tú, Alexis de Gothia I, Príncipe de Theodoro por la gracia de Dios y la obstinación de la sangre, debías decidir.\*\*

El aire vibraba con la tensión. El viento había cesado momentáneamente, como si el mismo Mar Negro contuviera el aliento. Solo el crepitar de las antorchas rompía el silencio, sonando como los latidos acelerados del principado.

### ¿Pagas el tributo completo a Génova, aceptando otra temporada de servidumbre y hambre?

### ¿Lo reduces, jugando al peligroso juego de la negociación con halcones?

### ¿Lo rechazas abiertamente, desenvainando no solo espadas, sino el guante del desafío final?

### ¿O... haces algo más inesperado? ¿Algo que ni los genoveses, ni tus consejeros, ni siquiera los espectros de Varna, puedan anticipar?

Tus palabras, en este instante congelado en el filo de la navaja, serían ley. Resonarían en las murallas de Mangup, cruzarían el mar hasta los oídos del Sultán y del Dogo de Génova, y marcarían, con tinta indeleble de sangre o de esperanza, el tono brutal de todo lo que estaba por venir. El futuro de Theodoro, ese último suspiro de Bizancio(en Crimea), pendía de tu lengua.

 El águila bicéfala en el trono parecía inclinarse hacia ti. **\*\*Era la hora de gobernar.\*\***

### ## 📖 CAPÍTULO III: "La Voz del Príncipe entre las Columnas del Mar"

El salón alto de Mangup aún guardaba el eco áspero de las palabras de Ilarion Dragasès, ese lamento terrenal por el trigo escaso y el hambre que acechaba, cuando lo hiciste. No fue un arrebató, no fue la chispa fugaz de la ira. Fue **\*\*un juicio tallado en el mármol del tiempo\*\***, una línea trazada con sangre ancestral en la arena de la historia. El instante preciso en que el último fragmento de púrpura bizantina dejó de temblar como hoja al viento y se erigió como estandarte desgarrado contra el cielo plomizo del Mar Negro.

Tú, **\*\*Alexis de Gothia I\*\***, te alzaste del trono con una calma glacial que heló el aire más que el viento de noviembre. El movimiento fue lento, deliberado, como el desenfundar de una espada sagrada. La luz de las antorchas, caprichosa y danzante, jugó sobre los pliegues de tu manto de lana oscura bordado con hilos de plata deslustrada, pero fue la cruz de granate que pendía sobre tu pecho la que capturó todas las miradas. Pareció palpitar con un rojo más profundo, más vivo, como si el corazón de Constantino XI latiera bajo la túnica, como si la sangre de Basilio el Matador de Búlgaros ardiera en tus venas. El águila bicéfala del respaldo del trono, desgastada pero indómita, pareció extender sus alas de piedra a tu espalda.

Diste un solo paso al frente. Las suelas de tus botas resonaron sobre las losas como el martillo de un heraldo anunciando el fin de una era. El silencio se hizo absoluto, tan denso que el crepitar de las llamas sonó como estruendo. Hasta el viento, ese eterno mensajero de malas nuevas, cesó su aullido entre las almenas, conteniendo el aliento del Mar Negro.

Y hablaste.

---

### ### 👑 **\*\*"La Voz del León Dormido: Un Trueno en la Sombra"**\*\*

—**\*\*\*Kirioi...\*\*\*** —La palabra brotó en griego puro, la lengua de Homero y los Basileus, con una entonación que no había resonado en aquellas paredes desde los días de mayor esplendor. Tu voz, grave y resonante, llenó el salón no como un sonido, sino como una presencia física. Hizo vibrar las columnas de piedra caliza, como si los fantasmas de los tronos de Trebisonda y Constantinopla despertaran de su letargo milenario para presenciar el acto. Los rostros de los presentes se alzaron, pálidos, expectantes, algunos con un brillo repentino en los ojos.

—**\*\*\*...es para mí un placer, un placer largo tiempo diferido, informarles que el Principado de Theodoro, por la gracia de Dios y la voluntad de su Príncipe, ya no requiere de su...\*\*\*** —hiciste una pausa infinitesimal, cargada de un desprecio que cortaba más fino que el acero genovés—

**\*\*\*... "protección".\*\*\***

La pausa que siguió fue un abismo. El aire se electrizó. **\*\*Vittore della Scala\*\***, el líder de los genoveses, parpadeó rápidamente, como si intentara despejar una ilusión óptica. Su máscara de cortesía perfecta se resquebrajó, revelando por un instante el cálculo febril que bullía bajo la superficie. **\*\*Galeazzo\*\***, el corpulento, se irguió de golpe, la mano instintivamente buscando el puño de la daga que no portaba en presencia del trono, su postura rígida como la de una cobra a punto de atacar. **\*\*Bernardo\*\***, el joven halcón, simplemente entrecerró sus ojos oscuros, afilando su mirada depredadora, una sonrisa casi imperceptible jugando en sus labios delgados. Había encontrado su presa, y la sangre prometía.



Pero tú no les diste tregua. Continuaste, y cada palabra que brotó de tus labios fue una daga forjada en el yunque de siglos de humillación, envuelta ahora en el terciopelo de una autoridad redescubierta:

—\*\*\*A partir de este momento, bajo este cielo que nos observa y esta tierra que nos sostiene, mi Principado retira irrevocablemente su adhesión al tratado de tributación.\*\*\* \*Un pacto firmado no con tinta, sino con la coerción del hambre y la miseria impuesta por quienes se llamaban aliados.\* —Tu mirada, fría como el mármol del trono, barrió a los tres delegados—. \*\*\*El pago ha terminado. La deuda...\*\*\* —acentuaste la palabra, dejándola caer como una lápida— \*\*\*...ha muerto. Enterrada con los ecos de Varna y la sombra de vuestros galardones falsos.\*\*\*

Te giraste entonces, con una elegancia que era en sí misma un desafío. Tu brazo se extendió, tu dedo índice apuntando con precisión de ballestero hacia el gran ventanal abierto al noroeste. Más allá de los precipicios, en la lejanía brumosa, apenas visible como un sueño amenazante, ondeaban las banderas de San Jorge sobre el perfil bajo de \*\*Tauric Chersonesos\*\*, \*tu\* puerto usurpado.

—\*\*\*Y por cierto, Kirioi...\*\*\* —tu voz adquirió un tono metálico, la voz del verdugo anunciando el plazo— \*\*\*...tienen exactamente tres días.\*\*\* \*Tres amaneceres y tres ocasos, contados desde este mismo instante, para dismantelar vuestra guarnición de mercenarios y recoger vuestros estandartes manchados de MI puerto.\* —Te volviste de nuevo hacia ellos, y la temperatura en la sala descendió diez grados—. \*\*\*Si en el alba del cuarto día, un solo pie genovés, un solo hilo de vuestra arrogancia, mancilla MI muelle...\*\*\*

—\*\*\*...les aseguro, por la sangre de mis ancestros y el futuro de mi pueblo, que habrá consecuencias.\*\*\* \*Consecuencias que resonarán hasta las bóvedas doradas de vuestro Banco de San Giorgio.\*

---

###  \*\*Reacción de la Corte: Un Terremoto de Almas\*\*

El silencio que siguió no fue un silencio. Fue la caída de una guillotina sobre el cuello de la historia previa. Fue el vacío absoluto que precede al estallido de un volcán.

\* \*\*Mihailos Katakalon, el Strategos Autokrator:\*\* El viejo lobo de guerra, cuyas arrugas eran mapas de cien batallas, se quedó inmóvil. Sus ojos, grises como el acero de un hacha recién afilada, se clavaron en ti con una intensidad que casi desprendía chispas. No hubo sorpresa inicial, sino un reconocimiento profundo, visceral. Lentamente, muy lentamente, los labios surcados por cicatrices y amarguras se curvaron hacia arriba en una mueca que no era una sonrisa, sino el gruñido sordo de un león viejo que ve renacer a su cachorro como rey de la manada. Inclino la cabeza, apenas un grado, pero en ese gesto se condensaba un juramento de acero: \*Hablaste como un Basileus. Ordena, y marcharemos al infierno.\* Su puño, antes cerrado de rabia, se abrió ligeramente, listo para empuñar el mando.

\* \*\*Leontios Haralambos, el Canciller de Sombra:\*\* La pluma de halcón, su arma y su talismán, se le escapó de los dedos. Cayó al suelo de piedra con un tintineo ridículamente débil en aquel silencio monumental. El Protonotario se quedó helado, su rostro de calculador impasible se transformó en una máscara de estupefacción pura. Su mente, ese laberinto de tratados y traiciones, vio de golpe mil puentes ardiendo, mil alianzas hechas añicos, mil caminos seguros convertidos en barrancos. Pero entonces, algo extraordinario ocurrió. Cuando alzó de nuevo la mirada hacia ti, tras un instante que duró una eternidad, sus ojos fríos no mostraban pánico. Mostraban... asombro. Y algo más: un brillo febril, casi de orgullo perverso, como un maestro de ajedrez que ve a su pupilo realizar un movimiento

insano, genial, suicida. Sonrió. Una sonrisa tensa, peligrosa, que contenía tanto admiración como el terror absoluto de lo que acababa de desencadenarse. \*Has quemado las naves, Majestad. Ahora, o nadamos... o nos ahogamos en gloria.\*

\* \*\*Ilarion Dragasès, el Guardián de la Tierra:\*\* El Epítropos de los Campos del Norte, el hombre de manos callosas y corazón anclado en el surco, cruzó sus grandes manos ante el pecho como en una súplica antigua. Sus nudillos blancos delataban la fuerza con que se aferraba a la fe. Sus labios se movieron en un murmullo apenas audible, un susurro que recorrió la primera fila de cortesanos como un escalofrío: \*"San Juan de Mangup, protector de los justos y los desesperados... ampara a tu siervo el Príncipe... ampara a esta tierra hambrienta de dignidad..."\*. En sus ojos, cansados de ver cosechas menguantes, había un alivio profundo, teñido de un miedo atroz por las bocas que quizás no se llenarían. Pero prefería el hambre con honor, al pan de la servidumbre.

\* \*\*Archimandrita Eustratios, la Voz de lo Eterno:\*\* Desde las sombras más profundas, junto al icono de la Theotokos cuyo rostro severo parecía observar la escena, el viejo monje no se inmutó. Sus ojos, pozos de fuego profético clavados en ti, brillaron con una luz sobrenatural. Su mano huesuda se alzó lentamente, haciendo el signo de la cruz hacia ti, no en bendición, sino en reconocimiento de un destino sellado. Su voz, un susurro áspero como el roce de hojas secas, resonó con una claridad extraña, cortando el silencio como un cuchillo ritual: \*"Ha sucedido. El León de Theodoro ha sacudido el polvo de los siglos y ha rugido. Que se cierren las puertas del mundo. Que se afilen los cuchillos de la fe y la venganza. Que los ángeles registren esta hora... porque el Juicio de los Hombres y de Dios... ha comenzado..."\*. Era menos una predicción que una confirmación. Como si todo lo que acababa de ocurrir ya estuviera escrito en los pergaminos del cielo.

Alrededor, la pequeña corte estalló en un murmullo ahogado. Damas se llevaron manos temblorosas a la boca. Capitanes menores intercambiaron miradas de asombro y feroz determinación, sus manos instintivamente buscando los pomos de sus espadas. Clérigos más jóvenes palidecieron, mientras otros, con ojos encendidos, murmuraron "¡Kyrie Eleison!". El aire olía a pólvora sin quemar, a destino forjado en el instante.

---

###  \*\*Reacción de los Genoveses: El Terciopelo Rasgado\*\*

La máscara de la diplomacia mercantil se hizo añicos. La soberbia veneciana, ese orgullo tallado en florines y galeras, fue estrangulada por una rabia más antigua, más visceral. La humillación recibida no tenía precio en los libros de contabilidad.

\* \*\*Vittore della Scala:\*\* El delegado principal fue el primero en reaccionar, o al menos en intentar mantener la farsa. Frunció el ceño con una profundidad estudiada, alisando inconscientemente su costoso terciopelo. Su voz, cuando habló, intentó mantener la suavidad, pero un temblor de ira la recorría como una grieta en el mármol: \*"Príncipe Alexis... de Gothia..."\* — el título sonó como un insulto — \*"Espero... fervientemente espero... que mis oídos, entumecidos por el frío de vuestras montañas, me hayan traicionado. Este gesto... este insulto gratuito al honor y la ley de la Serenísima..."\* — Su voz se quebró ligeramente — \*"...no quedará sin respuesta. No puede quedar. Génova no tolera la arrogancia de... vasallos ingratos..."\*. La palabra "vasallos" la escupió, pero en sus ojos, más que ira, había un pánico frío: había perdido el control, y su cabeza rodaría en los muelles de Feodosia si volvía con las manos vacías.

\* \*\*Galeazzo:\*\* El corpulento ya no podía contenerse. Dio un paso al frente, ignorando el gesto de advertencia de Vittore. Su bastón de mensajero, símbolo de inmunidad, se alzó no como un cetro, sino como un garrote, golpeando el suelo con un estruendo que hizo saltar chispas imaginarias.

"¡Insensato! ¡Insolente!" — rugió, su rostro congestionado de sangre, la boca torcida en una mueca bestial — "¡Esto no es una decisión, es un acto de rebeldía vil contra el pacto sagrado del comercio! ¡Contra el orden del \*Mare Nostrum\*! ¡Estáis arrojando a Theodoro al abismo y poniendo en riesgo el equilibrio de todo el mar interior! ¡Las galeras de San Giorgio barrerán vuestra insolencia!" Era la furia del matón acostumbrado a doblegar con el volumen y la amenaza bruta.

\* \*\*Bernardo:\*\* El joven no gritó. No golpeó el suelo. Simplemente mantuvo su sonrisa de serpiente, ahora plena, revelando dientes pequeños y afilados. Su voz fue un silbido venenoso, dirigido exclusivamente a ti, despreciando al resto: "Muy teatral, \*Serenissimo\*. Muy... épico. Pero los teatros se queman, y las epopeyas se escriben con la sangre de los derrotados. Ya veremos..." — sus ojos recorrieron la sala pobre, las armaduras deslucidas, los rostros temerosos — "...ya veremos cuántos días sobrevive este nido de águilas sin sal para sus heridas, sin hierro para sus espadas, sin naves para pescar su pan... sin nuestra \*protección\* contra los lobos tártaros que ya huelen la debilidad." Era la amenaza fría, calculada, la del prestamista que sabe que tiene las llaves de la despena.

Y entonces, en el clímax de su desplome, tú les hablaste por última vez. No alzaste la voz. No hiciste gestos. Fue la quietud misma, cargada de un desprecio infinito, lo que los aniquiló moralmente:

—\*\*\*No necesito la protección de mercaderes cuyas almas están empeñadas junto a sus contratos muertos.\*\*\* — Tu mirada barrió sus ropas costosas como si fueran harapos — \*\*\*Vuestros puertos son heridas en el flanco de mi tierra, y serán cauterizadas. Son prescindibles. Pero este trono...\*\*\* — tu mano golpeó suavemente el respaldo de piedra del águila bicéfala — \*\*\*...este trono, Kirioi, no lo es. Y su voz ha hablado.\*\*\*

No hiciste falta dar la orden. Un crujido de armaduras fue la respuesta. \*\*Los guardias de la Puerta de Hierro\*\*, hombres de Mangup de mirada férrea y lealtad probada en las montañas, se adelantaron con paso firme. No empuñaron sus armas, pero su presencia fue un muro infranqueable entre los delegados y el trono. No hubo fuerza bruta, solo la presión implacable de su avance. Vittore della Scala intentó una última protesta, un último gesto de dignidad, pero una mano enguantada de hierro se posó con firmeza no violenta, pero innegable, en su brazo. Galeazzo bufó, pero un guardia aún más corpulento que él se interpuso en su camino, su mirada clara diciendo "Inténtalo". Bernardo mantuvo la sonrisa, pero sus ojos perdieron un ápice de su seguridad cuando vio la determinación absoluta en los rostros de aquellos soldados que ya no temían a Génova. Los tres hombres del poder mercantil, envueltos en su terciopelo manchado de soberbia, fueron \*guiados\*, no empujados, pero con una firmeza que admitía ninguna discusión, fuera del gran salón. Las pesadas puertas de roble se cerraron tras ellos con un golpe sordo que resonó como el portazo del destino.

---

### 🛎️ \*\*Cierre del Capítulo: La Noche del León Despierto\*\*

Esa noche, \*\*Theodoro no durmió\*\*. El sueño era un lujo para los resignados, para los muertos que aún respiraban. Mangup, la Roca Sagrada, se transformó en un panal de actividad febril iluminado por la luz espectral de la luna y el resplandor carmesí de cientos de antorchas.

\* \*\*Las Fraguas del Juicio:\*\* En las profundidades de la fortaleza, en cuevas convertidas en arsenales, los \*\*herreros\*\* reavivaron sus fraguas con furia sagrada. El martilleo rítmico, un sonido olvidado durante años de paz precaria, resonó como el latido acelerado del principado. No se reparaba; se forjaba. Puntas de flecha, virotes para ballestas, refuerzos para escudos. El aire se llenó del olor a

carbón ardiente, a hierro al rojo vivo, a sudor y determinación. Cada chispa que saltaba del yunque era una estrella de esperanza en la oscuridad.

\* \*\*Los Mapas de Sangre:\*\* En la sala de guardia, convertida en cuartel general improvisado, los \*\*capitanes\*\* se agolpaban alrededor de mesas cubiertas de pergaminos desgastados. Mapas de la costa, de los pasos de montaña, de las tierras interiores. Rostros curtidos, iluminados por velas temblorosas, discutían en voces ásperas pero urgentes. \*Katakalon\*, convertido en un torbellino de energía feroz, señalaba posiciones, calculaba tiempos, distribuía sus escasos ochocientos hombres como si fueran ocho mil. \*"El puerto... hay que retomar Tauric antes del cuarto día... o quemarlo"\*, rugió. \*"Los pasos del norte... bloquearlos con rocas, con árboles, con los cuerpos de los leales si es necesario."\* Se afilaban no solo espadas, sino planes desesperados, audaces, nacidos del rugido del León.

\* \*\*Los Salmos de la Víspera:\*\* Desde el monasterio de la cima, anclado en la roca viva, ascendía un canto constante. Los \*\*monjes\*\*, liderados por el Archimandrita Eustratios, entonaban salmos antiguos, no de súplica, sino de guerra santa. \*"Que se levanten los humildes... que se rompan las cadenas... que la diestra del Señor aplaste al impío..."\*. Sus voces, graves y unánimes, se mezclaban con el viento que había retomado su aullido, como un coro celestial aprobando la insurrección. El incienso espeso, cargado de resinas amargas, flotaba sobre Mangup, una neblina sagrada que envolvía a los defensores.

\* \*\*El Collar de Fuego:\*\* En las murallas, en las torres de vigilancia que se alzaban como dedos de piedra contra el cielo estrellado, las \*\*almenas\*\* se cubrieron de antorchas. No eran las luces tímidas de una guarnición dormida. Eran un collar de fuego, una serpiente de llamas que ceñía la montaña, desafiando la oscuridad y anunciando al mundo, al Mar Negro, a Génova y al Sultán, que Theodoro respiraba, que sangraba, pero que \*\*no se rendía\*\*. Centinelas con arcos tensos y miradas escrutadoras escudriñaban cada sombra del valle, cada reflejo en el mar lejano, buscando el primer signo de la respuesta genovesa.

\*\*Y tú... Tú, Alexis de Gothia I, te asomaste al balcón abierto de tus aposentos altos. La capa negra ondeaba a tus espaldas como las alas del águila en tu trono. Abajo, el valle era un mar de sombras, punteado por las luces temblorosas de las aldeas que dependían de tu palabra. Arriba, el firmamento inmenso, tachonado de estrellas frías, indiferentes, se extendía hasta donde la vista alcanzaba. Miraste hacia el sur, hacia donde Constantinopla luchaba por respirar. Miraste hacia el oeste, hacia una Europa rota y lejana. \*\*Miraste hacia las estrellas, como si alguna, alguna de ellas, pudiera responder a tu llamado solitario, a tu grito de desafío en la noche.\*\*

Pero aún no. Ninguna estrella cayó. Ningún signo divino iluminó el cielo. Solo el viento gélido del Mar Negro acariciando tu rostro, recordándote tu humanidad, tu fragilidad.

\*\*Por ahora, eras solo un hombre. Un hombre con ochocientos soldados, trigo para cuatro meses, y enemigos como mares.\*\*

\*\*Pero eras un hombre que, por primera vez en su vida, en la vida de su linaje, ya no temía.\*\* El miedo se había quemado en la fragua de tu decisión, dejando solo el acero frío de la voluntad. El León había despertado. Y su rugido había sido escuchado. El silencio que seguía era el del mundo conteniendo el aliento, esperando la respuesta.

---

\*\*¿Hacia dónde debe virar la proa de Theodoro?\*

**La historia, Príncipe, ahora respira con el ritmo de tu voluntad.** Elige el próximo paso en el precipicio.

## ## 📖 CAPÍTULO IV: "El Avispero Despierta"

El eco de tu sentencia contra Génova aún vibraba en las piedras milenarias de Mangup cuando las primeras órdenes partieron. No fueron susurros, ni ruegos. Fueron **\*\*relámpagos tallados en pergamino\*\***, afilados como el filo de una espada recién desenvainada y cargados del peso de una promesa hecha a la historia. Theodoro, ese viejo león de piedra adormecido entre las colinas de Crimea durante siglos, sacudió su melena de roca caliza y **\*\*despertó\*\***.

Y al despertar, no bostezó. **\*\*Rugió con hambre de dignidad.\*\***

---

### ### 🐎 I. "El Galope de las Sombras: Diez Flechas en la Noche"

La luna, un ojo pálido y frío en el cielo plomizo, fue testigo. Bajo su luz plateada y traicionera, envueltos en capas de lana negra bordadas con la cruz gótica de Theodoro – ese símbolo que mezclaba la fe de Bizancio con la fiereza goda –, **\*\*los diez mensajeros\*\*** surgieron de la Puerta del Este como espectros con misión de sangre. No cabalgaban; **\*\*volaban\*\***, sus monturas criadas en las laderas escarpadas devorando el terreno pedregoso como si los persiguiera la cólera del Arcángel Miguel.

Cada jinete llevaba atado al pecho, bajo la capa, un cilindro de madera de haya pulida, sellado no con cera común, sino con **\*\*lacre rojo\*\*** espeso como sangre coagulada. En su interior, enrollado con la tensión de un arco tenso, el documento que cambiaría el destino del principado: la **\*\*Orden del Alzamiento\*\***. Firmada por tu mano, **\*Alexis de Gothia I\***, con tinta negra que olía a óxido y azufre, invocaba la antigua **\*Leva del Juramento de San Juan de Mangup\***. Una ley no usada desde la invasión mongola, que exigía a **\*\*todo varón entre diecisiete y cuarenta y cinco años\*\***, dueño de tierra, azada o incluso de un simple cuchillo de cocina, a **\*\*presentarse en armas ante su príncipe antes del quinto amanecer.\*\***

**\* \*\*El primero\*\***, un alano del sur con cicatrices de lobo en las mejillas, se lanzó hacia **\*\*Eski-Kermen\*\***, la ciudad de las cuevas, donde los lanceros herederos de los godos de Crimea aguardaban entre sombras y frescos desvaídos, sus corazones sedientos de gloria olvidada.

**\* \*\*El segundo\*\***, un muchacho de ojos claros que aún olía a leche de cabra, galopó como un demonio hacia **\*\*Chufut-Kale\*\***, la fortaleza de los karaitas y los pastores tártaros leales, donde los arcos compuestos dormían colgados de vigas ahumadas.

**\* \*\*El tercero\*\***, un viejo contrabandista que conocía cada sendero prohibido, serpenteó por acantilados suicidas hacia **\*\*Balaklava\*\***, entre viñedos robados por Génova, para reclutar a los vigías del puerto, hombres que habían visto demasiadas velas enemigas en el horizonte.

**\* \*\*Cuatro más\*\*** se internaron como lobos en los valles del norte, donde solo los aullidos de las bestias y el repique lejano de campanas monasteriales conocían los caminos ocultos.

**\* \*\*El décimo\*\***, un novicio del monasterio de Mangup con manos temblorosas pero fe de acero, fue enviado no a un bastión militar, sino a las alturas sagradas de **\*\*Kachi-Kalion\*\***. Su mensaje no era de guerra, sino de **\*\*oración armada\*\***: un llamamiento al Archimandrita hermano para que sus monjes guerreros, custodios de iconos y secretos antiguos, bajaran de su roca con sus hachas de doble filo.

Las órdenes, grabadas en el alma de cada mensajero, eran hierro fundido:

> **"En el nombre de la Cruz que no se dobla, del Pueblo que no se rinde, y del León Negro que ha despertado, acude a Mangup. Trae tu filo, tu furia y tu fe. Los que lleguen después del quinto amanecer..."**

> **"...serán marcados con el hierro candente de la traición, y su nombre borrado del libro de la vida."**

El galope de sus caballos se perdió en la noche, un redoble de tambores que anunciaba el fin de la resignación.

---

### ### 🔥 II. \*Los Martillos del Alba: La Forja del Juicio\*

Antes de que el primer pájaro cantara, antes de que el sol rasgara el horizonte con uñas de fuego, un nuevo sonido nació en las entrañas de Mangup: \*\*el estruendo sagrado de los martillos\*\*. Era un ritmo primordial, un latido de titanes que ahogó el tañido de las campanas matutinas. En las cavernas convertidas en arsenal, iluminadas por el resplandor infernal de las fraguas, \*\*Petros Malakes\*\*, el herrero maestro cuyo torso cicatrizado era un mapa de batallas perdidas y herramientas salvadas, se erigió como un profeta del fuego.

—\*¡Despertad, hijos de Hefesto!\* —rugió, su voz un trueno que hizo temblar el hollín de las vigas—. \*¡Nadie duerma! ¡Nadie descansa! ¡Hasta que cada brazo tiemble con el peso de un filo, cada yelmo cubra una frente dispuesta a romperse, y cada corazón tenga más miedo de fallar a su príncipe que de mirar a la muerte a los ojos!\*

Y Mangup forjó su ira:

\* \*\*Espadas viejas\*\*, desenterradas de criptas familiares donde dormían junto a huesos de ancestros, fueron arrancadas de sus vainas carcomidas. Arrojadas a las llamas, lloraron chispas rojas mientras el metal olvidado se fundía, se purgaba de la herrumbre de los siglos, y renacía en hojas más cortas, más brutales, diseñadas para rebanar gargantas en pasillos estrechos.

\* \*\*Azadas y hoces\*\*, herramientas que habían labrado el pan de Theodoro, fueron torcidas, enderezadas, y rematadas con puntas de lanza robadas a viejas alabardas. Se convirtieron en \*guisarmes\* campesinas, armas de ira agrícola.

\* \*\*Ruedas de carro\*\* oxidadas, abandonadas en patios polvorientos, fueron desmontadas. Sus maderas, claveteadas con hierro reciclado y reforzadas con tiras de cuero crudo, se transformaron en \*\*escudos toscos\*\* que llevarían la cruz gótica pintada con sangre de cerdo y óxido.

\* \*\*Cadenas de pozo\*\*, pesadas y frías, fueron troceadas con esmero por aprendices con músculos temblorosos. Cada eslabón, soldado con furia sobre gambesonos de cuero endurecido, se convirtió en una \*\*coraza rústica\*\* que convertiría a un panadero o a un pastor en un soldado de fortuna.

\*\*Los cuatro hornos del Arsenal\*\*, bocas de dragón abiertas en la roca, \*\*no se apagaron\*\*. Ni al amanecer, ni al mediodía, ni cuando la luna volvió a asomarse. El calor era una bestia viva que lamía las paredes, derretía la voluntad débil y fundía el miedo en determinación. \*\*Los treinta herreros menores\*\*, hombres y mujeres cuyos brazos ya temblaban de agotamiento, no pidieron clemencia. Sudaban lágrimas saladas que se evaporaban al instante, sus sombras danzando en las paredes como demonios laboriosos.

Al tercer día, algo milagroso brotó: \*\*niños\*\* de rostros sucios pero ojos brillantes, entrelazaban nerviosas tiras de lino empapado en brea alrededor de astas de fresno, creando lanzas improvisadas. \*\*Monjas\*\* del convento adjunto, sus hábitos manchados de hollín, afilaban estacas con cuchillos de cocina, murmurando salmos de protección. El alma entera del principado, desde el anciano que tallaba una ballesta de madera hasta la niña que trenzaba cuerdas para arcos, \*\*se había puesto de pie. Y gruñía\*\*.

---

### ### 🧪 III. \*El Aliento del Dragón: Nacimiento del Fuego Negro\*

En el lugar más secreto de Mangup, una cripta natural bajo la **\*\*vieja torre astrológica\*\*** donde siglos atrás los sabios leían el destino en las estrellas, una luz diferente brillaba. Aquí, entre sombras que olían a tierra húmeda y secretos prohibidos, trabajaban los **\*\*maestros del fuego y el polvo\*\***. No eran herreros; eran alquimistas, veteranos de Trapezunt, hombres cuyas manos quemadas y ojos desconfiados habían visto arder Constantinopla en sueños.

Tú mismo, Alexis, habías descendido a ese inframundo de humo y susurros la noche anterior. A la luz trémula de una lámpara de aceite, **\*\*trazaste en el suelo polvoriento con la punta de tu daga\*\*** un diseño sacrílego y brillante: **\*\*esferas de barro, del tamaño de un corazón grande, huecas, con una mecha corta y un interior sembrado de púas y fragmentos de hierro.\*\***

—\*Empáquenlo\* —ordenaste, tu voz un susurro que heló la sangre más que los vientos del mar—. **\*\*Empaquen el aliento del dragón en arcilla cocida. Yesca en el centro, pólvora negra alrededor, muerte en la periferia. Si estalla...\*** —tu mirada, reflejando las llamas bajas, fue más elocuente que las palabras— **\*\*...que le arda el cielo mismo al enemigo.\*\***

Los alquimistas, hombres que habían buscado el oro y encontraron la destrucción, asintieron con una mezcla de terror y fascinación. Y así, en tinajas de barro selladas y sacos de lino cosidos tres veces, comenzó a nacer el **\*\*fuego negro\*\***:

\* **\*\*El salitre\*\***, blanco y amargo, extraído con paciencia de venenosa de los viejos depósitos de estiércol de caballo y ceniza de hoguera acumulados tras las caballerizas.

\* **\*\*El azufre\*\***, amarillo como los dientes de un demonio, fundido a baja temperatura en crisoles vigilados por **\*\*mujeres ciegas\*\*** cuyas narices, aguzadas por la oscuridad perpetua, podían oler su pureza o su podredumbre a diez pasos.

\* **\*\*El carbón\*\***, negro como la traición, molido hasta convertirse en polvo impalpable por **\*\*prisioneros condenados a la horca\*\***. Hombres que, ante la promesa de una muerte rápida en combate o una lenta en la cuerda, trituraban la madera de viñas viejas y robles añejos con un fervor suicida. Temían más a la piedad del verdugo que a la explosión que pudiera volarlos en pedazos en cualquier instante.

Y las **\*\*esferas de barro\*\*** – las **\*\*"lágrimas de Hefesto"\***, como las llamó un aprendiz poeta – se apilaron en hileras fantasmales. Cocidas día y noche en hornos especiales, cada una marcada al rojo vivo con el símbolo del **\*\*lobo tracio\*\*** (tu emblema de guerra personal, heredado de un ancestro que luchó junto a Belisario). Cada esfera, fría al tacto pero cargada de fuego dormido, era una promesa silenciosa: **\*\*Acércate a mis muros, y te haré conocer el infierno.\*\***

---

### ### ⚖️ IV. \*El Susurro y el Cuchillo: La Sombra en las Viñas\*

El cuarto día amaneció brumoso, un manto húmedo y frío que se aferraba a los valles como un presagio. La tensión en Mangup era un alambre de acero estirado al límite. Entre los olivos retorcidos y las viñas despojadas de su fruto en las laderas del sur, cerca de la aldea de **\*\*Kalos Limen\*\***, **\*\*Dimitrios\*\***, un pastor cojo pero con ojos de halcón, vigilaba su rebaño magro. Fue él quien vio la sombra moverse donde no debía: no con la torpeza de un lobo o un oso, sino con la sigilosa precisión de una serpiente entre las rocas.



No gritó. Silbó. Un sonido agudo, específico, heredado de sus ancestros griegos del Ponto. En segundos, **\*\*tres montañeses alanos\*\*** surgieron del matorral como fantasmas, sus caras pintadas con barro y ceniza. La sombra – un hombre vestido con ropas campesinas crudas pero con botas de cuero fino incongruentes – intentó huir. Fue inútil. Lo arrinconaron contra un muro de piedra seca, donde el pastor Dimitrios, con su cayado convertido en garrote, le rompió la rodilla con un golpe seco.

El prisionero fue arrastrado hacia Mangup no por el camino principal, sino por senderos de cabra, su boca tapada con trapos sucios, su mirada llena de un pánico animal. Llegó a la fortaleza al atardecer, cuando las sombras eran más largas que la esperanza.

**\*\*En las mazmorras\*\***, bajo la torre del homenaje donde el goteo constante de agua salada era la única música, **\*\*Leontios Haralambos\*\*** esperaba. No llevaba su pluma de halcón. Llevaba una caja de madera oscura llena de **\*\*instrumentos pequeños, brillantes y terriblemente precisos\*\***. La luz de una antorcha única bailaba en sus ojos fríos.

—**\*Habla\*** —dijo el canciller, su voz un susurro sedoso en la oscuridad húmeda—. **\*O hago que recuerdes cada hueso que tienes... y cada uno que perderás.\***

El espía, un siciliano llamado **\*\*Lorenzo Barella\*\***, resistió el primer empujón del miedo. Mintió. Dijo ser un mercader perdido. Haralambos sonrió. Un gesto que heló el alma. Sacó del estuche una **\*\*aguja larga, delgada como un cabello y afilada como el remordimiento\*\***. Sin prisa, la insertó bajo la uña del pulgar izquierdo del prisionero.

El grito que rasgó las tinieblas fue tan desgarrador que los guardias fuera se estremecieron.

La resistencia se quebró como vidrio. Entre sollozos y confesiones entrecortadas, el siciliano vomitó la verdad:

—**\*¡Feodosia! ¡En Feodosia!... El \*Podestà\*... Galeazzo... se ha reunido con los emisarios que os visitaron, ... y a enviado una galera rápida a Genova, solicitan armar un ejercito de castigo, esperan la respuesta del Concilio de Ancianos ...**

Haralambos escuchó, inmóvil como una estatua. Solo sus ojos, reflejando la luz de la antorcha, brillaron con una chispa de triunfo amargo. Cuando el prisionero calló, exhausto y cubierto de su propio sudor frío, el canciller se limpió meticulosamente las manos con un paño blanco.

—**\*Gracias, amigo Lorenzo\*** —murmuró, su voz tan suave como la seda de una tumba—. **\*Has sido... esclarecedor.\***

Un gesto casi imperceptible. Uno de los alanos desenvainó un cuchillo corto y ancho. No hubo más gritos. Solo un sonido húmedo y definitivo. La sombra de Génova se apagó en las mazmorras de Mangup.

**\*\*Haralambos subió directamente a tus aposentos.\*\*** Sin ceremonia, irrumpió en la sala donde estudiabas mapas costeros a la luz de las velas. Su rostro era una máscara pálida, pero sus ojos ardían. En su mano derecha, traía, resumido en un pergamino, la confección del espía. Extiendes tu mano, y lees.

La noticia, en lugar de helarte, te llenó de un fuego frío. \*\*No era una sorpresa. Era una confirmación. La primera sangre del desafío llegaba por mar.\*\*

---

### ### 🛖 La Calma Antes del Huracán

La noche del cuarto día cayó sobre Mangup como un manto pesado, pero ya no silencioso. La fortaleza era un organismo vivo, palpitante, iluminado por el resplandor carmesí de mil antorchas y el fuego blanco de las fraguas. Los martillos seguían cantando su himno de guerra. Los monjes de Kachi-Kalion, llegados al atardecer con sus hachas y sus iconos ensangrentados, entonaban salmos de batalla en la capilla, su eco mezclándose con el grito de las águilas nocturnas.

Tú, Alexis, te asomaste de nuevo al balcón. Abajo, en las laderas iluminadas por hogueras, \*\*las primeras levas llegaban\*\*. No eran un ejército; eran una procesión de sombras armadas: pastores con lanzas de roble, aldeanos con escudos de rueda, montañeses alanos con arcos más altos que ellos, monjes guerreros con hachas de doble filo que reflejaban el fuego. Ochocientos soldados se habían convertido, en cuatro días, en casi \*\*dos mil almas dispuestas a morir por un suspiro de libertad\*\*.

Miraste hacia el sur, hacia el mar negro como la traición. En algún lugar, entre esa oscuridad, \*\*tres galeras genovesas surcaban las olas, cargadas de muerte y soberbia\*\*. El plazo para desalojar Tauric expiraba al amanecer. Génova no había recogido sus banderas

**\*\*Sonreíste, sin alegría, con la ferocidad de un lobo que olfatea la batalla.\*\***

—\*Que vengan\* —murmuraste al viento salado—. \*El León tiene hambre... y ahora tiene dientes de dragón.\*

La primera chispa había saltado del yunque. El incendio del Mar Negro estaba a punto de comenzar.

## ## 📖 CAPÍTULO V: \*"El Eco del Desdén"

> \*"Las decisiones de un trono pequeño pueden hacer temblar imperios... si se gritan con la voz suficiente."\*

> —Anónimo genovés, siglo XV

---

### ### 🚢 I. \*La Cabalgata de la Vergüenza: Polvo y Silencio\*

El sol poniente bañaba las almenas de Mangup en oro líquido cuando **las tres sombras cruzaron el umbral oriental**, arrastrando consigo el peso muerto de la derrota diplomática. **Vittore della Scala** cabalgaba encorvado, su terciopelo carmesí —otro símbolo de poder— ahora rasgado y cubierto del polvo gris de los caminos secundarios. **Galeazzo Spinola**, el corpulento, apretaba las riendas de su rocín alquilado con manos temblorosas, cada músculo de su cuello tenso como una cuerda de ballesta. **Bernardo Cibo**, el halcón joven, mantenía los ojos fijos en el horizonte, pero sus labios delgados dibujaban una línea blanca de odio concentrado. Sus magníficos corceles napolitanos yacían confiscados en las caballerizas de Mangup, "compensación por servicios diplomáticos no rendidos" según la fría ironía de Leontios Haralambos.

El camino a **Kaffa** se convirtió en un vía crucis de humillaciones cotidianas:

- En **Kalos Limen**, mujeres que lavaban ropa en el río helado se levantaron como estatuas de desprecio, vaciando sus tinajas de agua sucia justo al paso de los jinetes. El líquido cenagoso salpicó las botas de cuero fino de Galeazzo, manchando el lustre veneciano con barro crimeano.
- En las **colinas del sur**, pastores alanos con sonrisas de lobo cruzaron deliberadamente sus rebaños de ovejas lanudas frente a la comitiva, obligándoles a detenerse mientras los animales balaban con una burla ancestral. Un perro pastor, negro como la traición, les mostró los dientes sin emitir un sonido.
- Al pasar por **Balaklava**, un niño descalzo —hijo de un pescador cuyo barco había sido incautado por los genoveses el verano anterior— corrió hacia el camino. En sus manos mugrientas llevaba no una piedra, sino un trozo de pan de centeno duro como roca. Lo arrojó a los pies del caballo de Vittore con un grito agudo: \*"¡Para el viaje, perro de puerto! ¡Que no te falte el pan que nos robaste!"\*

Ninguna posada abrió sus puertas al anochecer. Ningún pozo les ofreció agua para sus gargantas secas. Solo **miradas** los siguieron desde las sombras de los dinteles: ojos oscuros de campesinos griegos que habían aprendido a odiar en silencio, miradas oblicuas de tártaros que despreciaban su debilidad, pupilas ardientes de monjes ortodoxos que veían en ellos a Judas reencarnado. El aire olía a tierra mojada y a hierba quemada, pero sobre todo olía a **deserción**. Theodoro había escogido su bando. Y cada kilómetro recorrido era un latigazo en el orgullo genovés.

---

### ### 🏛️ II. \*Audencia en el Palacio de Piedra Negra: El Frío Sabor del Fracaso\*

Cuando las murallas de **Kaffa** se alzaron finalmente contra el cielo crepuscular —bloques ciclópeos de basalto traído de Anatolia, manchados de salitre y arrogancia—, el contraste fue un puñal en el alma. El puerto hervía en una orgía de opresión calculada:

- **Galeazas** venecianas con cascos pintados de bermellón descargaban sedas de Samarcanda junto a **cocas** hanseáticas cuyas bodegas exhalaban el aroma amargo del ámbar báltico.
- **Mercaderes** armenios con turbantes de lana fina regateaban sobre fardos de pieles de zorro mientras, en tarimas podridas junto al muelle, **esclavos circasianos** —encadenados por tobillos ensangrentados, sus rostros vacíos como máscaras— eran subastados al mejor postor.

- Desde las tabernas del puerto, llegaban cantos borrachos de marineros napolitanos, letanías obscenas sobre la caída de Constantinopla y la cobardía de los griegos.

El **Palacio della Maona** era una bestia de piedra negra que devoraba la luz. Sus ventanales góticos —vidrieras traídas de Venecia que mostraban a San Jorge matando no un dragón, sino a un emperador bizantino— arrojaban manchas de color sobre suelos de mármol de Carrara. Al presentarse, los rumores los envolvieron como niebla tóxica:

>\*¡Mirad! ¡Los embajadores del príncipe montañés vuelven con las manos vacías!\*

>\*Dicen que Alexis les arrojó sus propios contratos al fuego...\*

>\*¡Theodoro osa rugir! ¡El perro muerde la mano que lo alimentó!\*

**Matteo Grimaldi**, Capitano de los Exclaves Genoveses en Crimea, los esperaba de pie junto al ventanal más grande, aquel que encuadraba el puerto como un cuadro de posesión. Su silueta —ancha como el mástil maestro de una galera de guerra, barba blanca recortada en forma de tridente— no se volvió al entrar. Sostenía un reloj de arena cuyos granos caían con crueldad matemática.

Vittore della Scala relató los hechos con voz que se quebraba entre la rabia y la vergüenza. Galeazzo añadió detalles, sus puños temblorosos aplastando el fieltro de su sombrero. Bernardo permaneció en silencio, pero sus ojos de halcón escrutaban los mapas navales en las paredes —cartas donde Theodoro era una mancha insignificante— con la intensidad de quien busca una venganza futura.

Grimaldi escuchó. **Inmóvil. Impenetrable.** Solo el susurro de la arena al caer y el lejano grito de una gaviota rota el silencio. Cuando Vittore terminó, el Capitano giró lentamente. Sus ojos —color de acero oxidado, rodeados de arrugas profundas como cortes de cuchillo— barrieron a los delegados con desprecio glacial:

—\*\*\*¿Y así se quebró el tributo?\*\*\* —Su voz era áspera, como arena áspera rozando madera podrida—. \*\*\*¿Con amenazas de un pastor coronado que gobierna desde una roca de pájaros?\*\*\*

Hizo una pausa, dejando que el veneno se extendiera:

—\*\*\*¿Y ninguno de vosotros tuvo el valor de desenvainar el acero? ¿Ni siquiera para morir con algo de honor, como exige el decoro de la Serenísima?\*\*\*

Galeazzo bajó la cabeza, su nuca roja como un trozo de carne expuesta. Vittore tragó saliva, el sudor frío perlándole las sienes. Bernardo mantuvo la mirada, pero sus dedos se aferraron a los faldones de su capa como garras.

Entonces Grimaldi estalló. No con gritos, sino con el **veneno dosificado** de quien ha gobernado con puño de hierro durante treinta años:

—\*\*\*Nos ha escupido en la cara. En nuestra propia casa. Y vosotros, como perros apaleados, habéis vuelto arrastrándose para traernos... ¿qué? ¿Su saliva? ¿Como si fuese un nuevo tributo?\*\*\* —Avanzó un paso, su sombra engullendo a Vittore—. \*\*\*¿Sabéis lo que cuesta construir esto?\*\*\* —Un gesto amplio abarcó el puerto, las galeras, las torres de almacenes que se alzaban como tumbas de oro—. \*\*\*Siglos de contratos escritos con tinta de sangre fría. Décadas de sonrisas que escondían dagas. Y ahora... un principado de barro y leyendas olvidadas nos amenaza con "consecuencias".\*\*\*

Golpeó la mesa de ébano con un puño que hizo saltar los candelabros de plata:

—\*\*\*¡El Consiglio degli Anziani olerá esta debilidad desde Génova como los buitres huelen la carroña! ¡Preparad la **Santa Lumera**! ¡Que zarpe antes de que la luna alcance su cenit!\*\*\*

---

### ### 🚢 III. \*La Nave del Juicio: Velas Negras Contra la Luna\*

La noche había envuelto Kaffa en un manto de brea y sal cuando el **estandarte de emergencia** — una serpiente escarlata enroscada en una daga, sobre fondo negro— se izó en el mástil mayor del palacio. En el puerto, antorchas de alquitrán bailaron como furias en la niebla salina, proyectando sombras danzantes sobre los cascos de las naves.

**La "Santa Lumera"**, una galera ligera de casco afilado como lágrima de sirena y **24 remos por banda**, fue liberada de sus amarras con urgencia sacrílega. Su capitán, **Ottavio D'Oria** —hijo bastardo de un banquero genovés y una cortesana griega, con ojos de tormenta y una cicatriz que le cruzaba la mano derecha (recuerdo de una traición en Trebisonda)— supervisaba la carga personalmente:

- **Tripulación de Élite**:

- **Remeros**: Griegos de Corfú, torsos desnudos marcados por látigos invisibles, los más veloces del Egeo.

- **Ballesteros**: Corsos de Bocognano, sus armas de repetición cargadas con "virotas de la venganza" —punta de acero grabada con una G sangrante—.

- **Timonel**: Un veneciano renegado conocido solo como **Il Fantasma**, que podía navegar por el infierno con los ojos vendados.

- **Tres Pergaminos Sellados con Lacre Negro** (el color del duelo en Génova):

1. **El Informe del Deshonor**: Una letanía de humillaciones tejida con medias verdades y omisiones estratégicas.

2. **La Petición de Sangre**: Solicitud formal de **guerra colonial total** contra Theodoro, firmada por Grimaldi con trazos que perforaban el pergamino.

3. **Las Instrucciones de las Sombras**: **Reclutar almogávares en Mesina** (hijos bastardos del odio aragonés, famosos por su grito de guerra "**¡Desperta Ferro!**") y **contratar ingenieros de asedio de Rodas** (herederos de los Hospitalarios, maestros en reducir piedra a polvo).

—**¡Velocidad o muerte, hijos de puta!**— rugió D'Oria mientras la nave se deslizaba entre las sombras de carabelas dormidas—. **¡Si el viento os falla, remad hasta que la sangre os brote por los ojos y las manos se os queden en los remos!**

La luna llena, redonda y pálida como una moneda de plata robada a un cadáver, iluminó la estela fosforescente de la galera. **Diez días**. Diez días de viento favorable para llevar el veredicto a los salones de mármol de Génova. Diez días para que Theodoro disfrutara de su última primavera.

---

### ### 🔑 IV. \*Los Engranajes de la Venganza: Cadenas y Silencios\*

Desde la **Torre del Oeste**, la más alta del Palacio della Maona, **Matteo Grimaldi** siguió la **Santa Lumera** hasta que su perfil afilado se fundió con el horizonte nocturno. Abajo, el puerto seguía palpitando, ajeno al destino que se tejía. Giró hacia su asistente, **Luciano Vivaldi**, un hombre pálido cuya pluma de ganso ya chorreaba tinta sobre un pergamino virgen, anticipando órdenes:

—**Escucha, Luciano, y escribe sin respirar:**

- \*A los arsenales: Que fundan toda bala de cañón sobrante en metralla. Que revisen cada ballesta de repetición en los almacenes subterráneos. Que las cadenas del puerto interior —esas que aplastaron la revuelta de los griegos en '38— sean limpiadas... y engrasadas con sebo de cerdo.\*

Vivaldi garabateaba con mano trémula, la tinta formando charcos negros en el pergamino. Grimaldi se inclinó, su aliento oliendo a vino agrio y poder absoluto:

—\*Ahora... convoca a los \*\*capitani mercenari del Mar Negro\*\*. Sin estandartes. Sin trompetas. Que vengan como sombras, por la puerta de los pescados podridos.\*

>\*- Niccolò "Il Boia" (El Verdugo) de Famagusta — especialista en incendiar graneros con familias dentro.\*

>\*- Dragos "El Valaco" de Constanza — su tropa: doscientos jinetes que arrasan aldeas antes del amanecer.\*

>\*- Khalil "El Renegado" de Sinope — sabe cómo derrumbar murallas con sórdidos.\*

Un escalofrío recorrió la espalda encorvada de Vivaldi. Eran nombres que helaban la sangre hasta en las tabernas más sórdidas de Caffa: mercenarios sin bandera, arquitectos de masacres silenciosas.

—\*Diles que Génova paga en florines de oro puro...\* —Grimaldi esbozó una sonrisa, una grieta fría en su máscara de piedra— \*...y en licencia para saquear Mangup piedra por piedra, hueso por hueso. Pero aún no. Que aguarden mi señal en las islas de las Serpientes.\*

---

### ### ● Epílogo: La Tormenta que Aún No Golpea

Mientras en Kaffa los engranajes de la venganza comenzaban a girar con chirridos de acero ensangrentado, \*\*en Mangup ardían las fraguas del desafío\*\*. Alexis de Gothia I, de pie en las almenas norte, observaba cómo las antorchas de las nuevas levass ascendían por los senderos de cabra como luciérnagas de guerra. \*\*Dos mil almas\*\* —pastores con lanzas de fresno, monjes guerreros de Kachi-Kalion con hachas bendecidas, niños cargando hondas y piedras de río— convertían la roca sagrada en un avispero de furia contenida.

\*\*No lo sabían.\*\*

No sabían que \*\*la "Santa Lumera"\*\* surcaba ya las aguas traicioneras del Ponto Euxino, su quilla cortando olas que reflejaban la luna como lágrimas de plata.

No sabían que \*\*Matteo Grimaldi\*\* movía sus peces siniestros en el tablero tenebroso de los mercenarios, sus dedos manchados de tinta y promesas de sangre.

No sabían que en los muelles de Mesina, \*\*almogávares\*\* con cicatrices en forma de sonrisa afilaban sus \*coltellacci\* soñando con el oro de Crimea y los gritos de los griegos.

El viento del este traía olor a sal, a tomillo silvestre... y a la traición que se gestaba tras el horizonte. Alexis apoyó las manos en la piedra fría del parapeto, sintiendo el pulso de la montaña bajo sus palmas. —\*Que vengan\* —murmuró para sí, mientras las estrellas titilaban como ojos de lobo en la oscuridad—. \*Rugiremos en griego antiguo cuando lleguen. Y el eco resonará hasta Constantinopla.\*

---

\*\*¿Hacia dónde debe volverse la mirada del León ahora?\*

## ## 📖 CAPÍTULO VI: \*‘‘La Mirada del León Silente’’\*

> \*‘‘El que ve sin ser visto, ya ha ganado la mitad de la guerra.’’\*

> —Maximiano Sphrantzes, manual apócrifo de guerra bizantina

---

### ### 🏰 \*\*I. La Soledad del Trono en la Noche del Destino\*\*

La noche del \*\*11 de noviembre de 1444\*\* ahogaba a Mangup en un silencio espeso, roto solo por el gemir del viento entre las grietas de la Torre de los Gálatas. Abajo, en las estancias abovedadas donde tus consejeros dormían agitados por sueños de galeras y saqueos, resonaban suspiros ahogados. Mihailos Katakalon soñaba con murallas derrumbadas, Leontios Haralambos con contratos manchados de sangre, Ilarion Dragasès con campos de trigo devorados por saltamontes de acero. Pero \*\*tú\*\*, Alexis de Gothia I, no dormías. Habías ascendido los ciento veinte escalones de caracol hasta tu cámara privada, donde ni siquiera Eustratios osaba entrar sin permiso.

El frío cortaba como navaja tártara. Las estrellas, clavadas en el terciopelo del cielo, parecían agujeros perforados en el manto de Dios. Te apoyaste en el alféizar de piedra, los nudillos blancos al aferrarte al borde helado. \*‘‘Kaffa hierva como un infierno portuario’’\*, pensaste, sabiendo que mientras Génova armaba sus galeras, tu pueblo solo tenía hoces y fe. Pero esta noche no era para ruegos.

Extendiste las manos hacia el firmamento, palmas arriba como un sacerdote del viejo culto de Mitra. \*\*No fue una plegaria.\*\* Fue un \*mandato\* silencioso tallado en voluntad pura, el gesto de un demiurgo que ordena a las constelaciones cambiar de rumbo. La orden fluyó en griego antiguo, la lengua de los strategos bizantinos:

>\*‘‘Abrios, ojos del cielo. Mostradme lo que ocultan los traidores.’’\*

Y entonces... \*\*sucedió.\*\*

No hubo relámpagos que desgarraran las nubes. No retumbó el trueno en las montañas sagradas. Solo un \*\*parpadeo\*\* en la estrella Vega —un titilar anormal que duró tres latidos de corazón—. Cualquier pastor alzando la vista lo habría atribuido a las lágrimas del frío. Pero tú \*sentiste\* el cambio: un zumbido sordo en los huesos, como si la torre misma vibrara en una frecuencia ancestral.

Cuatro presencias se anclaron en la bóveda celeste.

Invisibles.

Intangibles.

\*\*Tuyas.\*\*

---

### ### 🏰 \*\*II. Los Ojos Invisibles: Guardianes desde el Abismo\*\*

Al cerrar los ojos, las \*\*visiones\*\* inundaron tu mente con la claridad de un manuscrito iluminado:

#### 1. \*\*SOBRE EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL:\*\*

- \*\*Constantinopla\*\*: Murallas teodosianas desgastadas como dientes de viejo, sombras de jenízaros merodeando cerca de la Puerta de Oro.

- \*\*Rodas\*\*: Un caballero hospitalario montando a caballo hacia el puerto, su capa negra ondeando como bandera de muerte. En su bolsa, \*bolsas de escudos de oro\* para reclutar almogávares.

- **Kaffa**: La galera *Santa Lumera* deslizándose entre olas aceitosas, sus **24 remos** golpeando el agua en ritmo fúnebre. Contaste **120 latidos** en su bodega —hombres dormidos con dagas bajo las almohadas—.

- **Egeo**: Velas otomanas como manchas de tinta en el horizonte norte.

## 2. **SOBRE ASIA CENTRAL**:

- **Estepas del Kanato**: Hogueras bailando en la noche. El kan Hacı Giray bebiendo kumis de un cráneo pulido, sus ojos brillando con noticias de "un principado griego desangrándose".

- **Mares Interiores**: Barcazas cargadas de salitre hacia Crimea —¿para quién?

## 3. **SOBRE EUROPA OCCIDENTAL**:

- **Génova**: Luces en el *Palazzo San Giorgio*. Ancianos discutiendo sobre "el insolente de Crimea" sobre mapas de seda.

- **Venecia**: Un escribano copiando cartas con letra gótica: "Ofrecemos el 20% del botín de Theodoro si bloqueáis el Bósforo..."

- **Rutas Marítimas**: Huellas de velas genovesas dibujando caminos de guerra hacia el Mar Negro.

## 4. **SOBRE EL CUERNO DE ÁFRICA**:

- **Galeras Otomanas** ancladas en el Cuerno de Oro. Cien cascos alineados como ataúdes flotantes.

- **Mehmed Çelebi** (hijo del Sultán) señalando Crimea en un mapa, mientras un espía genovés susurraba a su oído.

Cada sonda —**ojos de águila tallados en tecnología estelar**— transmitía verdades crudas:

- **Calor residual** en las piedras de Kaffa tras fundir balas de cañón.

- **Tinta fresca** en la carta veneciana, aún húmeda al doblarse.

- **Sudor frío** en la nuca del caballero de Rodas.

---

## ### **III. La Revelación en la Torre Helada**

Te sentaste ante el **disco de obsidiana** incrustado en el suelo —el mismo que tu bisabuelo trajo de las ruinas de Quersoneso—. Su superficie negra reflejó las imágenes con precisión glacial:

**\* La Santa Lumera**:

Ottavio D'Oria escupía al mar. Su cicatriz en la mano —recuerdo de una traición en Trebisonda— brillaba bajo la luna. **"Llegaréis tarde"**, murmuraste. **"El invierno os cazarà en el Adriático."**

**\* El Caballero de Rodas**:

Su caballo resbaló en el barro de Mesina. Las monedas de oro tintinearón. **"Compraréis muerte para vuestros hijos"**, susurraste, recordando cómo los almogávares saquearon Constantinopla en 1204.

**\* El Escribano de Venecia**:

Una gota de sudor cayó sobre la palabra **"botín"**. **"Vuestro Dux olvida que los tiburones devoran a sus aliados"**.

**\* La Flota del Cuerno de Oro**:

Mehmed Çelebi tocó su alfanje. **"Sois un niño jugando con el látigo de vuestro padre. Pronto aprenderéis a temblar."**



**\*\*No hubo ira en tu rostro.\*\***

**\*\*Ni triunfo.\*\***

Solo la **\*\*calma del depredador\*\*** que ve a su presa adentrarse en la trampa.

**"Cinco jugadas adelante", calculaste. "Y vosotros apenas movéis el peón."**

El frío de la torre se intensificó. Sorbiste vino especiado del cáliz de plata —regalo de David de Trebisonda— mientras memorizabas:

- **\*Rutas de escape genovesas.\***
- **\*Puntos débiles en las murallas de Kaffa.\***
- **\*Nombres de capitanes mercenarios.\***

---

#### ### **\*\*IV. La Guerra que Ya Respira\*\***

Cuando el primer halo gris del alba arañó el horizonte, el disco de obsidiana se apagó. Las visiones se esfumaron, pero el **\*\*conocimiento\*\*** permaneció, grabado en tu mente como un icono sagrado.

**"Theodoro no se prepara para la guerra", dijiste a la lámpara de aceite que agonizaba.**

**"La guerra llegó anoche con las mareas."**

**"Y ahora es nuestra."**

Abriste el ventanal oriental. Abajo, en el patio de armas, los primeros **\*\*hijos de la leva\*\*** llegaban:

- Pastores **\*\*alanos\*\*** con arcos más altos que ellos.
- Monjes de **\*\*Kachi-Kalion\*\*** con hachas que olían a cera bendita.
- Niños de **\*\*Balaklava\*\*** cargando piedras para hondas en sacos de arpillera.

Sus pasos levantaban remolinos de escarcha. **\*\*No sabían.\*\***

No sabían que la **\*Santa Lumera\*** llevaba su sentencia de muerte.

No sabían que los almogávares ya afilaban cuchillos en Sicilia.

No sabían que Mehmed Çelebi soñaba con su cabeza en una pica.

Pero tú **\*\*sabías.\*\***

---

#### ### **\*\*Epílogo: El Precio de la Verdad\*\***

Cuando las velas negras de Génova manchen el horizonte...

Cuando los mercenarios griten **"¡Desperta Ferro!"** en las playas de Tauric...

Cuando los tártaros enciendan hogueras en los valles del norte...

**\*\*Encontrarán un León que los esperaba.\*\***

**\*\*Que trazó sus rutas en mapas de estrellas.\*\***

**\*\*Que enterró trampas donde planeaban pisar.\*\***

La lámpara de aceite se apagó.

Un escalofrío recorrió tu espalda —no de frío, sino del peso de ver demasiado.

**"¿Cuánto de humano sobrevive en quien ha visto el mundo desde el trono de Dios?"**

El viento llevó tu susurro hacia el mar:  
\*"Ahora veo. Ahora cazo. Ahora gano."\*

---

\*\*¿Hacia dónde se vuelve ahora la Mirada del León?\*\*

\*\*Elige, Príncipe. El tablero brilla bajo tus ojos... y el primer movimiento es tuyo.\*\*

## ## 📖 CAPÍTULO VII: \*"Hierro"\*

> \*"Cuando los dioses ya no responden, el príncipe se convierte en su propio Olimpo."\*

> —Anónimo, códice tracio apócrifo del siglo XV

---

### ### ● I. \*El Aliento del Vacío\*

\*\*12 de noviembre de 1444. Hora Prima.\*\*

El alba aún arañaba tímidamente el borde del mundo, tejiendo hilos de un rojo pálido sobre el Mar Negro, cuando el cambio ocurrió. Allá arriba, en la bóveda infinita que ignoraba las plegarias susurradas desde mil iglesias de piedra, la \*\*Luna\*\* —esa esfera pálida, ese rostro muerto que los trovadores cantaban como amante esquiva y los filósofos como enigma indescifrable— \*\*dejó de ser lo que era.\*\* No fue un relámpago, ni un trueno celestial. Fue un silencio cósmico roto solo por la aparición.

Sobre su regazo gris, inmutable y mudo desde la Creación, se materializó la \*\*Estación Minera TSM-Victoria Lunae.\*\* Una arquitectura de pesadilla y geometría fría, negra como el vacío entre las estrellas, más vasta que la mayor catedral soñada por los hombres. Anillos concéntricos giraban con una lentitud hipnótica, monstruosa. Brazos articulados, esbeltos como garras de araña cósmica, se hundían una y otra vez en la carne pétrea del satélite. No portaba blasón, ni estandarte, ni nombre grabado. Solo \*\*función.\*\* Una función escrita en el lenguaje universal de la necesidad y la eficacia: \*\*extraer hierro.\*\*

Sus brazos térmicos, capaces de licuar la roca con plasma arrancado al corazón del sol, penetraron la corteza selenita como un cuchillo en mantequilla helada. Su apetito era de titán: \*\*once millones de toneladas por día\*\*, un festín que habría vaciado montañas terrestres en semanas. Pero el hambre que alimentaba era otra. Más precisa. Más humana. El tributo exigido al cosmos era minúsculo, casi un insulto a la máquina: \*\*cuatro quintales por semana.\*\* Polvo estelar para la fragua de un príncipe en el confín del mundo conocido.

---

### ### 🏰 II. \*Caída Controlada\*

El sol, aún bajo y frío, doraba apenas las cumbres de las montañas de Crimea cuando, en las landas desoladas al noroeste de \*\*Mangup\*\*, en un claro de hierba rala marcado la noche anterior como tierra prohibida por decreto sellado con lacre negro, \*\*descendió el primer contenedor.\*\*

No rugió como un dragón. No desgarró los cielos con fuego. Su llegada fue un susurro gravitacional, un \*\*zumbido grave y profundo\*\* que resonó en los huesos antes que en los oídos, como el último suspiro de un coloso rendido. \*\*Un cilindro de carbono puro.\*\* Largo como el carro de un granjero próspero, negro como el corazón de la noche más oscura, liso y perfecto como obsidiana recién vertida. Tocó la tierra con la delicadeza de una pluma, sin doblar un tallo de artemisa, sin levantar polvo, sin dejar más marca que su propia sombra alargada sobre la escarcha matutina. El aire apenas se estremeció a su paso.

Los encargados de la recolección —\*\*Petros Malakes\*\*, el herrero mayor, sus nudillos como raíces de roble; \*\*Lazaros\*\* y \*\*Dimitrios\*\*, campesinos cuyas manos callosas conocían la tierra mejor que sus propias almas; y el joven \*\*Nicolás\*\*, el escriba, cuya tinta aún olía a pergamino nuevo— se acercaron con pasos medidos, como quien se aproxima a un altar o a una fiera dormida. El aire alrededor del cilindro vibraba con un \*\*calor seco y constante\*\*, como el aliento de una forja lejana. Nicolás, el joven, sintió un escalofrío que no provenía del frío y se santiguó rápidamente, sus labios moviéndose en una oración muda. Dimitrios, el más viejo de los campesinos, palideció, sus ojos clavados en la perfección antinatural del objeto. Solo Malakes mantuvo una expresión impenetrable, sus ojos escudriñando la superficie negra, buscando una juntura, una imperfección, algo humano.

Fue Lazaros quien rompió el silencio, su voz un hilillo de aire tembloroso:

—\*Mi señor...\* —su mirada buscó la tuya, que nunca se apartó del cilindro, aún exhalando un tenue vaho metálico— \*...¿qué es esto? ¿Es... es de Dios? ¿Un ángel caído?\*

Tú, Alexis, Príncipe de Theodoro, mantuviste la vista fija en el enigma negro. Tu voz, cuando respondiste, fue \*\*clara, firme, sin elevación, cortando el aire como el filo de una espada nueva:\*\* —\*No es un milagro.\* —Una pausa infinitesimal, cargada del peso de lo que significaba. — \*Es maná... pero militar.\*

Las palabras, secas y precisas, cayeron sobre ellos como un manto de plomo. \*Maná militar.\* La paradoja los dejó mudos, mirando el cilindro con nuevos ojos, ya no solo con temor, sino con una perplejidad que rayaba en el vértigo.

---

### ### 🛠️ III. \*La Forja de una Nueva Edad\*

El resto del día transcurrió en una tensión electrizante, bajo un cielo que parecía observarlos con recelo. Los contenedores, idénticos al primero, fueron abiertos con herramientas de hierro endurecido y una cautela extrema, como si contuvieran serpientes dormidas o la ira divina. Lo que revelaron fue a la vez más simple y más perturbador de lo que cualquier mente campesina o herrera hubiera podido imaginar.

**\*\*Polvo de hierro.\*\*** Pero no el hierro terrenal, granulado, con escorias y caprichos de la tierra. Este era **\*\*puro, finísimo como la harina más blanca tamizada por manos de monja\*\***, de un gris plateado y frío que no reflejaba la luz, sino que la absorbía. No olía a mineral, a sudor de mina o a fuego de carbón. Olía... a **\*\*nada.\*\*** A vacío. A algo que nunca había tocado el aire de la Tierra. Estaba **\*\*perfectamente calibrado\*\***, cada partícula idéntica a su vecina. **\*\*Perfectamente frío\*\***, como si el calor de su descenso nunca lo hubiera tocado.

Y junto a él, apiladas con precisión geométrica, **\*\*láminas de carbono puro.\*\*** Negras como el ala de un cuervo a medianoche, lisas como espejos de tinieblas, delgadas pero de una dureza que desafió las primeras probadas con martillo. Estaban listas. Listas para mezclarse con el polvo de estrellas, para fusionarse en el crisol, para dar a luz un **\*\*acero de calidad sobrenatural, más allá de cualquier sueño o pesadilla de los forjadores medievales.\*\***

Fue entonces cuando **\*\*Petros Malakes\*\***, el herrero que había templado espadas para tres generaciones de príncipes, cuyas manos habían modelado el hierro como un alfarero el barro, **\*\*cayó de rodillas\*\*** en el polvo terrenal frente al polvo celestial. No fue un gesto de sumisión, sino de **\*\*asombro absoluto, de comunión con lo imposible.\*\*** Extendió una mano temblorosa, no para tomar,

sino para **\*\*tocar.\*\*** Sus dedos, surcados de cicatrices antiguas de chispas y escorias, se hundieron suavemente en el polvo gris. Lo levantó, dejando que se deslizara entre sus dedos como arena de plata. Lo **\*\*olió\*\*** – solo vacío frío. Lo **\*\*apretó\*\*** en su puño, sintiendo su fluidez perfecta, su falta de resistencia. Durante una hora entera, el rugoso herrero no pronunció palabra. Su mundo, construido sobre el yunque y el fuego, el sudor y la imperfección del metal terrestre, se había desmoronado.

Cuando al fin habló, su voz era ronca, cargada de un temor reverencial y una excitación febril: —**\*Podemos forjar lanzas...\*** —dijo, mirando el polvo en su mano como si contuviera el destino— **\*... lanzas que atraviesen roca como mantequilla. Que rompan escudos como cáscaras de huevo. Podemos hacer espadas...\*** —su mirada se elevó, brillando con una luz fanática— **\*...espadas que no se mellen, que no se quiebren ni en cien combates, ni en mil. Espadas que canten una canción nueva...\*** —Hizo una pausa, tragando saliva, su voz bajando a un susurro cargado de presagio—: **\*Podemos encadenar al infierno mismo con este metal... Mi príncipe...\*** —Su mirada, llena de una pregunta inmensa, se clavó en ti— **\*...¿nos lo ha dado usted? ¿De dónde... cómo...?\***

No dijiste sí. No dijiste no. El origen era un abismo que ni el más leal debía mirar. Sostuviste su mirada, un océano de secretos tras tus ojos. **\*\*Un único asentimiento\*\***, grave y lento, fue toda la respuesta. Luego, dando media vuelta, la capa ondeando como un estandarte oscuro, te marchaste del claro, dejando al herrero de rodillas ante el maná negro, ante el futuro forjado en el vacío.

---

#### ### 🏠 IV. **\*Reacciones del Pueblo\***

Las noticias, como era inevitable, se filtraron. No por decreto, sino por el susurro del viento, por el brillo furtivo en los ojos de los que habían visto, por el temblor contenido en las voces. Corrieron **\*\*como fuego sobre aceite bendito\*\***, prendiendo la imaginación, el fervor y el miedo en el pequeño reino de piedra colgado en la montaña.

**\* En las \*\*calles empedradas y estrechas de Mangup\*\***, los niños abandonaron sus juegos de huesecillos y corrieron con palos al hombro, gritando y embistiendo paredes imaginarias. Eran los "soldados del acero negro de Alexis", sus improvisadas lanzas de madera soñando con el filo del cielo. "¡El hierro de la luna!" chillaban, corriendo bajo los arcos sombríos.

**\* En los \*\*frescos monasterios rupestres\*\***, donde el incienso se mezclaba con el moho de los siglos, los monjes más jóvenes, aquellos cuya fe aún bailaba con la curiosidad, murmuraron en voz baja. Lo llamaron "el hierro de los ángeles", "el regalo de San Jorge forjado en las estrellas". En los márgenes de los pergaminos de oración, garabatearon dibujos toscos: lanzas negras cayendo como rayos benévolos, arcángeles con yunques en lugar de trompetas. Un ícono rápido, pintado en una pared lateral de la capilla de San Elías, mostraba a un guerrero de rostro oculto recibiendo una barra de metal de una mano que surgía de una luna negra.

**\* En las \*\*tabernas humeantes\*\***, donde el vino agrio calentaba las gargantas y aflojaba las lenguas, la conversación giraba en torno a los "cilindros divinos". Se apostaban jarras de vino y tajadas de carne salada: "¿Cuándo vendrá el siguiente? ¿Con la luna nueva? ¿En la fiesta de San Demetrio?" Las miradas se volvían hacia el castillo en lo alto, iluminado por las primeras antorchas de la noche, como un nido de águila vigilante.

**\* En los \*\*poemas improvisados\*\*** por bardos ambulantes en las plazas de mercado, surgió una nueva imagen: "El Señor que ordena a la Luna como a un perro fiel". El príncipe Alexis ya no era solo un gobernante; era un pastor de astros, un tejedor de voluntades celestes.

Pero junto al asombro y la exaltación, brotó la **\*\*semilla oscura del miedo.\*\***

\* En las **\*\*chozas de los viejos aldeanos\*\***, al calor de braseros menguantes, algunos ancianos de barbas como nieve sucia sacudían sus cabezas, sus ojos velados por el recuerdo de leyendas ancestrales. Murmuraron sobre los Grigori, los Vigilantes, aquellos ángeles caídos que, enamorados de las hijas de los hombres, les enseñaron los secretos de los metales y las armas antes del Diluvio. "Metal no tocado por Adán...", mascullaban, mirando con recelo hacia el cielo. "¿No fue esa enseñanza la que trajo la ira de Dios?"

\* En los **\*\*campos de cultivo en terrazas\*\***, mientras cavaban para la próxima estación, algunos campesinos intercambiaban miradas cargadas de aprensión. El poder del príncipe, siempre respetado, ahora rozaba lo impío. ¿No castigaría el cielo tal osadía? ¿No enviaría plagas, sequías o rayos para borrar la arrogancia de arrancarle sus secretos al firmamento? El miedo al castigo divino era un gusano que roía sus entrañas bajo el sol de Crimea.

\* Y en la **\*\*celda austera del Archimandrita Eustratios\*\***, líder espiritual cuyo rostro parecía tallado en la misma piedra de las montañas, la pluma de ganso arañó el pergamino de su diario secreto con trazos angulosos, cargados de una inquietud teológica profunda:

> **"12 de Noviembre, Anno Domini 1444. Hemos recibido metal no tocado por las manos de Adán, no extraído de las entrañas malditas de la Tierra tras la Caída. Metal frío como el espacio entre las estrellas, puro como el pensamiento de Dios antes de la Forma. ¿Quién lo forja? ¿Las manos callosas de Petros el Herrero, hombre de fe simple y martillo pesado? ¿O las manos de fuego de los Arcángeles que sirven al Señor de los Ejércitos? ¿O... las manos de otro? El príncipe guarda silencio. El cielo nos observa. El metal espera. El miedo, como un vino añejo, se asienta en el corazón de la Roca."**

---

### 🕒 V. **\*Pasaron Cuatro Días...\***

El tiempo, desde aquel amanecer de la Luna cambiada, dejó de fluir como un arroyo para correr **\*\*como sangre en un río crecido\*\***, rápido, implacable, teñido del gris plateado del polvo estelar.

\* **\*\*13 de noviembre:\*\*** Bajo las bóvedas de la fragua subterránea, iluminada por el resplandor antinatural del crisol donde el polvo lunar se fundía con las láminas de carbono negro, nacieron las primeras armas. **\*\*Lanzas.\*\*** Delgadas, letales, con un brillo oscuro y profundo. Se entregaron a la **\*\*Guardia del León\*\***, la élite. Los guerreros, curtidos en mil escaramuzas contra tártaros y genoveses, las blandieron con asombro. Pesaban menos que una lanza de fresno y hierro común. Cortaban el aire con un silbido distinto, más agudo, más frío. Una prueba contra un yelmo viejo: la punta negra lo atravesó como si fuera pergamino húmedo. Sus miradas, al cruzarse, contenían una mezcla de temor y júbilo salvaje. El equilibrio del poder comenzaba a inclinarse.

\* **\*\*14 de noviembre:\*\*** El castillo de Mangup, la Roca que dominaba el principado, recibió su nueva piel. **\*\*Placas de acero-carbono\*\***, forjadas en la noche febril bajo la dirección de Malakes, fueron remachadas sobre las pesadas puertas de roble y hierro. Negras, lisas, impasibles. Una ballesta de asedio, la más potente del arsenal, fue cargada y disparada a corta distancia contra una placa de prueba. La pesada saeta, que habría traspasado un muro de ladrillo, **\*\*se astilló contra la superficie negra sin dejar más marca que un leve rasguño\*\***. Un suspiro colectivo, mezcla de alivio y nueva incredulidad, recorrió el patio de armas. Mangup se volvía inexpugnable.

\* **\*\*15 de noviembre:\*\*** La naturaleza del tesoro exigía custodia. El **\*\*polvo metálico restante\*\***, reluciente y frío, fue transferido de los sacos de lona a **\*\*arcas de roble reforzado con bandas de hierro\*\***. Estas arcas descendieron a **\*\*criptas selladas\*\*** bajo la capilla del castillo, donde la piedra era

más gruesa y el silencio, absoluto. La puerta de la cripta, una losa que parecía parte del muro, se cerró con un ruido sordo. Sobre ella, un **\*\*candado de acero nuevo\*\***, su mecanismo un enigma para cualquier cerrajero local. Solo **\*\*tres llaves\*\*** existían. Una colgaba del cinto de Alexis. Otra, custodiada por **\*\*Katakalon\*\***, tu sombra silenciosa, siempre a tres pasos detrás. La última, entregada con mano temblorosa y juramento de sangre, a **\*\*Petros Malakes\*\***. El conocimiento del lugar exacto, solo tuyo. El hierro del cielo quedaba enterrado, como un secreto o una semilla de poder.

**\* \*\*16 de noviembre:\*\*** La noche era fría, estrellada, la luna (¿la misma de siempre? ¿La misma?) brillaba alta. En la torre del homenaje, junto al fuego que crepitaba en la gran chimenea, la noticia llegó. **\*\*Las sondas\*\***, esos ojos silenciosos desplegados en los caminos y costas, detectaron un movimiento crucial. Un velero rápido, reconocible por su aparejo distintivo, había cruzado las aguas frente a las costas de **\*\*Rumanía\*\***, navegando con viento favorable hacia el este. Era **\*\*la Santa Lumera\*\***, el barco del astuto emisario enviado semanas atrás. Traía consigo **\*\*la respuesta de Génova\*\***. **\*\*Dos días.\*\*** Solo dos días separaban a Theodoro del veredicto de la Serenísima República. El tiempo de la espera terminaba. El tiempo de la acción, o de la condena, se acercaba.

---

Theodoro se había armado con la sustancia del vacío. El hierro había bajado del cielo, transformando fraguas, fortalezas y corazones. Y el mundo, ensimismado en sus guerras, sus comercios y sus plegarias, **\*\*aún no lo sabía, pero su eje ya se había desplazado.\*\*** El peso de cuatro quintales de polvo estelar, forjado en voluntad y silencio, había alterado para siempre la balanza del poder en el confín del Mar Negro. La quietud era una ilusión. La tormenta se gestaba en la forja subterránea y en las salas de mármol de Génova.